

Gache, Roberto
Del vestido y del desnudo



II



EDICIONES SELECTAS

AMERICA

CUADERNOS QUINCENALES DE LETRAS Y CIENCIAS

ROBERTO GACHE



Del vestido y del desnudo

(Segunda Edición)

Dirección y Administración
CORRIENTES 850
Buenos Aires
1920



Dirección y Administración



CORRIENTES 830 (1º piso)

CUADERNOS PUBLICADOS

Año II — Tomo III

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En la Argentina { Por un año $ 5.00 m/n.
,, seis meses ,, 2.50 ,,
Número suelto 0.20 en la capital
0.25 en el interior

En el exterior { Por un año $ oro 2.50
,, seis meses ,, oro 1.50
Número suelto ,, oro 0.15

EDICIONES EXTRAORDINARIAS

QUE APARECERÁN EN EL MES DE AGOSTO

LOS ÉXTASIS DE LA MONTAÑA, por Julio Herrera y Reissig.

Nueva colección de magníficos sonetos

Precio: 1 $ m/n. Pedidos a nuesta Administración

CANCIONES PARA NIÑOS.

Letra de: Ernesto Mario Barreda.
Música de: Luisa S. de Barreda.
I. El Martillo.
II. La aguja.

Precio de cada una $ 0.60.

En breve **La mala sed,** drama en 3 actos por Samuel Eichelbaum.

Pedidos a nuestra Administración.



ROBERTO GACHE

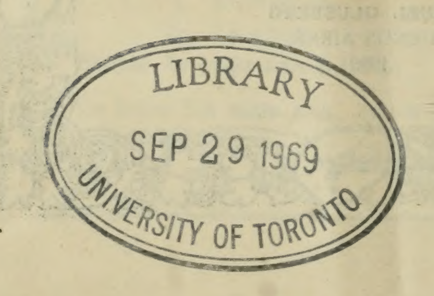
Del vestido y del desnudo

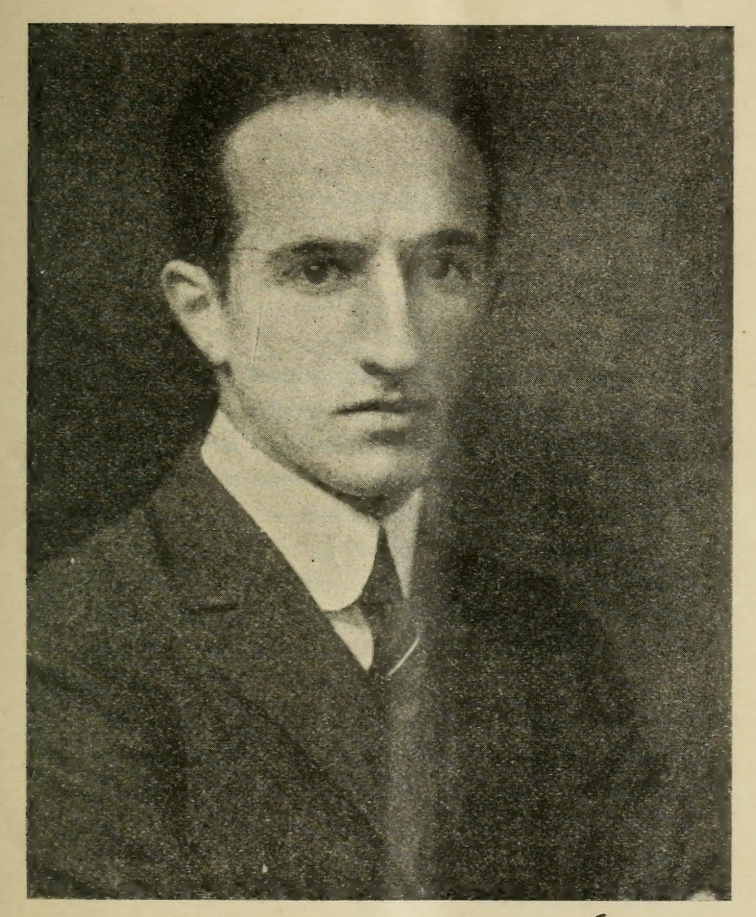
DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1920

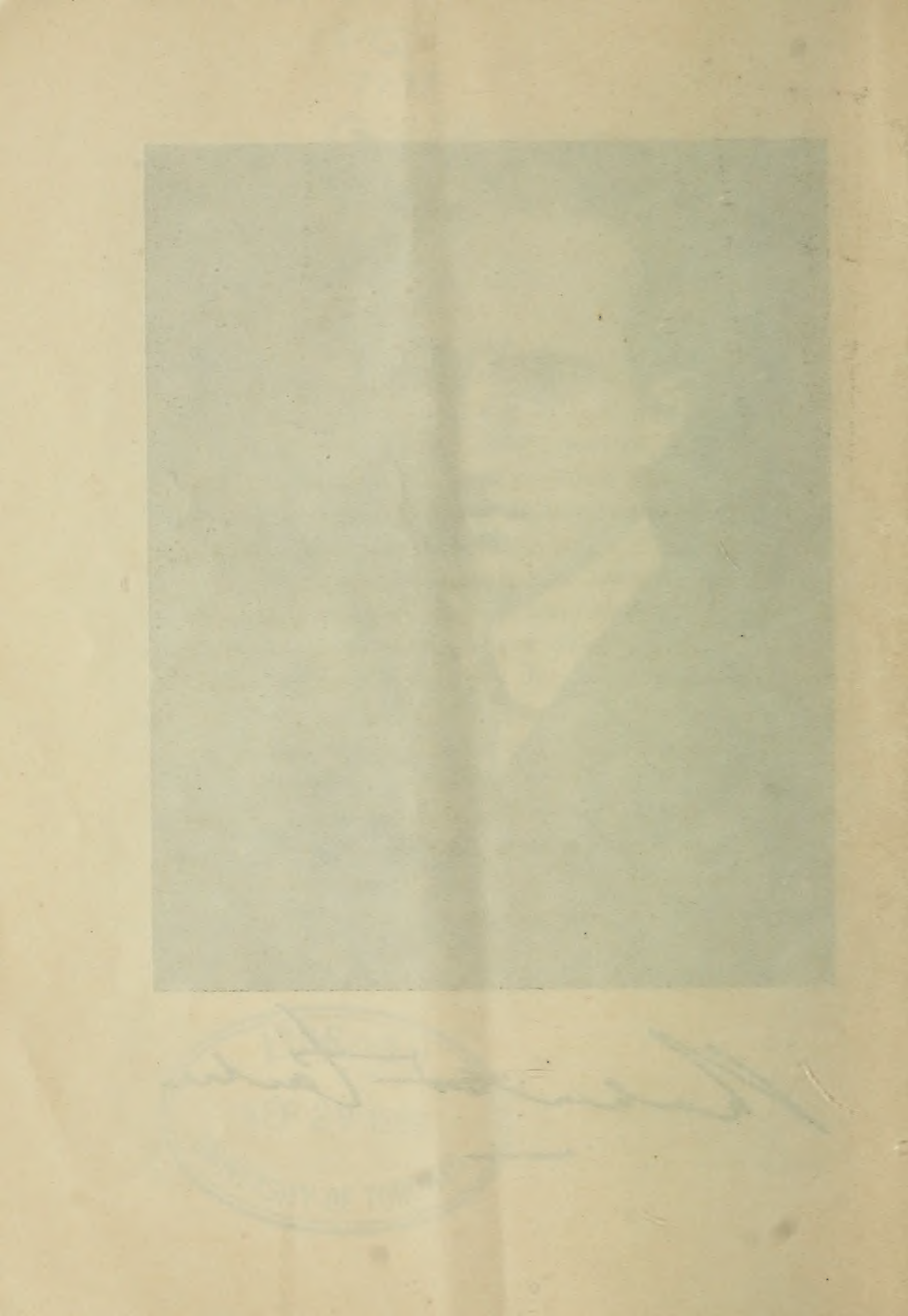
Las letras argentinas no han agregado en los últimos años a la lista de escritores de mérito sino tres ó cuatro nombres nuevos, entre los cuales ocupan preferente lugar — a nuestro juicio, — Arturo Cancela y Roberto Gache.

Y nos es grato unir estos nombres por cuanto quisiéramos que el lector recuerde para Roberto Gache todo lo que dijimos de aquel al hacer la publicación de «Cacambo», ya que entre ambos escritores existe, sin duda, analogía y los dos poseen talento, buen gusto y ritmo propio, es decir, estilo y personalidad.

Roberto Gache nos lo ha evidenciado con el Glosario de la farsa urbana, *su primer libro y con comedias como: «Nuestras dueñas», y «El error de San Antonio», que honran y dignifican al teatro nacional.*







Función literaria del caldo

(A manera de prólogo).

Tres fideos sueltos adentro de una fuente no constituyen un manjar, ni para la gramática ni para el estómago. Son, simplemente, tres fideos sueltos. En cambio, tres fideos sueltos nadando en una olla de agua hervida constituyen para la gramática y para el estómago un plato de comida. La función del caldo consiste, pues, en introducir entre un fideo y otro una determinada unidad moral, integrando con ellos una nueva individualidad, un todo distinto y superior al conjunto de las partes.

Con las ideas ocurre lo que con los fideos. Las ideas sueltas, libradas a sí mismas, no son nada. Una idea y otra idea, por más excelentes que sean, no integran jamás un libro. Hay que poner algo entre ellas, algo que asegure entre una y otra la necesaria continuidad, haciendo de las partes un todo homogéneo y distinto. Esta es la misión que en todo libro cumplen las palabras inútiles. En todo libro bien escrito las palabras inútiles son las más indispensables. El caldo es aun más necesario a las ideas que a los fideos.

Pues bien: yo creo que he escrito un pequeño libro en seco, un pequeño libro sin caldo. Apresuradamente, como es preciso hacer las cosas para no caer en la tontería de hacerlas bien, yo he tomado tres o cuatro ideas sueltas sobre el vestido y sobre el desnudo y las he reunido en este tomito, sin ocuparme mucho de que ellas se comuniquen entre sí. Espero, sin embargo, derramar alguna vez entre estas mismas ideas — a manera de caldo literario — las palabras inútiles necesarias para hacer de ellas un libro. Entretanto, he creído oportuno revelar a mi país las graves conclusiones a que he llegado después de descubrir el hecho, en verdad terrible, de que, debajo de sus vestidos, los hombres y las mujeres andan desnudos.

El enigma del vestido

Lo que más me preocupa frente a una mujer vestida, es saber si está vestida o está desnuda. Porque es evidente que no puede tratarse igual a una mujer vestida y a una mujer desnuda. En una y otra circunstancia los derechos y los deberes del hombre cambian por completo. Hasta las mismas formas de la cortesía social — tan indispensables siempre en el trato del sexo débil — cambian por completo. Sería, por ejemplo, una imperdonable torpeza sacarse el sombrero ante una mujer desnuda y darle la mano ceremoniosamente. Sería una enorme torpeza, una falta de consideración que ella jamás nos perdonaría. Posiblemente nos diera la espalda, indignada, y nosotros nos quedaríamos con la mano extendida, sin saber dónde ponerla. Y en inversa situación, el error no sería menos grave si a una mujer vestida la tratásemos como a desnuda.

Es cuestión previa, pues, en el trato de toda mujer, comprobar si esa mujer está vestida o está desnuda. Ahora bien: ¿hay algún signo infalible que sirva a determinar, en forma definitiva, la existencia o la inexistencia de ropas sobre el cuerpo de una mujer? Y aun comprobada la existencia de ropas, ¿autoriza siempre ello a considerar a esa mujer como vestida? Para los micro-

bios — personajes, si los hay, difíciles de encontrar — está el microscopio. Para las estrellas, por más remotas que sean, está el telescopio. Mas, para buscar las ropas de una mujer elegante no hay instrumento posible de investigación: son leves objetos transparentes, impalpables... Sabemos que existen porque ellas nos lo afirman. Nosotros nos sometemos y les creemos, porque, en cuestión de faldas y mujeres, lo mejor y lo más seguro es someterse siempre, creer sin preguntar.

El desnudo es un hecho relativo

Puede definirse el desnudo ccmo la ausencia pura del vestido? ¿Un hombre sin ropas es lo mismo que un hombre desnudo? O, lo que es aun más interesante, ¿una mujer sin ropas es una mujer desnuda? En nuestra opinión no son iguales ambas cosas. Es evidente que en la idea del desnudo—y sólo en ella—intervienen particularísimos elementos de orden moral y de orden social. De ahí que una mujer pueda andar sin ropas y no estar desnuda. Porque el desnudo, que es un hecho social, está desde luego, regulado por la voluntad social. No es desnudo más que aquello que la sociedad establece como tal. La boca y el mentón, en los pueblos orientales de los siglos pasados, eran partes integrantes del desnudo femenino. Era en los labios de la esposa donde, en la soñada noche de sus nupcias, develaba el esposo el primer misterio de su amor. Los tiempos han cambiado, y esa misma mujer, transportada a un salón moderno, no parecería desnuda por más amplio que fuera su escote, por más corta qne fuera su falda.

Filosóficamente, el desnudo no es, pues, más que aquello que, debiendo cubrirse según la costumbre del lugar y de la época, va sin vestido. Fuera de ello, todo

lo demás, aunque vaya sin vestido, no es desnudo. Los negros del Congo, mientras llevan su elegante taparrabo, no van desnudos. En cambio, una monja se desnuda cuando descubre, impúdica, el nacimiento de su pie.

Ninguna idea más llena de relatividades que ésta del desnudo. Una misma ropa puede conducir al vestido o al desnudo, según sea la hora, el lugar, la persona. Además, es preciso distinguir el desnudo absoluto del desnudo humano. En el desnudo humano se agrega un elemento moral que no posee el desnudo absoluto. Así, una mujer en el baño, no obstante su desnudez absoluta, no está desnuda mientras está sola.

El desnudo es, pues, una mera relación entre la ropa, la persona, el lugar y la hora. A las tres de la tarde una mujer en camisa es una mujer desnuda. A las doce de la noche es, simplemente, una mujer en camisa. Esta compleja relación de ropa, persona, lugar y hora es advertida por el hombre, sin mayor análisis, en una simple impresión. El desnudo, en definitiva, no es otra cosa que una mera impresión de los hombres.

El vestido y su función humana

El desnudo nace de una comparación; el término de la comparación es el vestido. El desnudo es, pues, la consecuencia del vestido. El vestido es, así, el punto de partida de la inmoralidad.

El vestido es, sin embargo, un elemento inmoral de absoluta necesidad humana. Uno frente al otro, los sexos se mueven por virtud de una mutua promesa. El vestido, que es la insinuación del desnudo, es el agente de todas las promesas. El vestido promete y aleja. Por él creemos, por él ignoramos, por él sospechamos, por él esperamos... Fuente inagotable de sorpresas, retiene la verdad, oculta su tesoro, da en fin la esperanza de lograrlo...

Esperar, esperar... ¿Por qué nos inquietan, por qué nos angustian estos leves vestidos de ahora, ligeros y redondos como la carne que esconden? Nuestra inquietud es la inquietud de la espera. Mal envuelta en la tela escasa, ilusoria, transparente, cada mujer que pasa a nuestro lado es una promesa más en nuestra vida, Y nuestra vida, así, es nada más que una larga, que una interminable espera...

Toda la belleza es una sola, todo el calor con que la penetramos es también uno solo. El mármol, el paisaje, la gran sinfonía, la mujer hermosa... ¿Qué es, en el

fondo, allá, en lo remoto, nuestra admiración? ¿No lo habéis nunca comprendido? Es la espera, es la espera de toda nuestra vida, la espera aun de nuestro último instante, resumida en Dios... La belleza es la sugestión de la espera. La inquietud con que el arte nos conmueve es la inquietud de la espera. Esperamos frente al paisaje, esperamos frente a la estatua, esperamos frente a la mujer hermosa. Esperamos, aun sin esperanza. La belleza lleva siempre en sí una promesa. Esperar, esperar siempre .. Esperar es admirar.

El vestido es la insinuación del desnudo. Es el agente de todas las promesas. Por él ignoramos, por él sospechamos, por él esperamos...

El desnudo del ser moral

Vestirse, no es puramente insinuar con la ligereza de las ropas la carne desnuda. Vestirse, es también insinuar con la ligereza de nuestras costumbres nuestro desnudo moral. Desnudo por desnudo, la Humanidad se goza lo mismo en uno que en otro. La intimidad, la secreta, la última intimidad de los hombres tiene siempre para los hombres un mismo valor lúbrico y prohibido, en lo corpóreo y en lo moral.

Nuestras costumbres visibles, nuestras pequeñas costumbres visibles de todos los días son, pues, las ropas ligeras y transparentes con que insinuamos a los otros el desnudo de nuestro ser moral. Si en lo físico el vestido es solo una sucesión de desnudeces parciales, también en lo moral las costumbres,—las «buenas costumbres»—tienen por función vestirnos sin acabar de cubrirnos. ¿Por dónde dejan ellas, inocentes, asomar nuestro desnudo? Esta es la función que dentro de las costumbres humanas desempeñan, consentidas por todos como un escote amplio o una falda corta, las pequeñas irregularidades. Dentro de las costumbres más morales y más severas los hombres incurren a diario en mil pequeñas irregularidades. Cada cual las comete a su manera y en la medida de sus fuerzas. Cada hombre, cada grupo de

hombres, las tiene propias y específicas: en ellos, en su clase, son pequeñas; fuera de ellos son graves, enormes, criminales.

Aunque no iguales en el hecho, lo son, pues, en su humana significación las pequeñas irregularidades de todos los hombres: las del elegante hombre de club, las del recio jornalero, las de la mujer de mundo... Los hombres elegantes dejan de pagar a tiempo las cuentas de su sastre. A veces es su costumbre dejarlas de pagar en todos los casos. ¿No es ésta, en verdad, una pequeña irregularidad que sienta bien a sus prestigios sociales? El jornalero, por su parte, se exalta en lùbricas manifestaciones verbales y manuales al paso de toda mujer joven. Nosotros le festejamos en la natural ordinariez de esta pequeña irregularidad, odiosa acaso en el hombre elegante, pero graciosa y oportuna en el recio jornalero. En cuanto a la dama de mundo, entréguese parsimoniosamente la buena señora a las prácticas del adulterio, con seriedad y sin inútil ostentación. El mundo aplaudirá la elegante discreción de sus faltas y ponderará en ella esa especial dignidad que resulta siempre de todos los pecados hechos con respeto, higiene y compostura. He aquí, otra vez, la pequeña irregularidad, el pequeño desnudo que nos viste. Porque, en verdad, no hay traje alguno, por más escotado que sea, que vista tanto a una mujer como un escándalo discreto.

El escote absoluto

(He aquí dos hombres que discurren, de pie y de frac, bajo el marco de una puerta. Sabído es que los marcos de las puertas se prestan singularmenfe a las divagaciones de la gente de frac. Oigamos, pues, lo que hablan estos dos hombres de frac sorprendidos al azar bajo el marco de una puerta).

Hombre 1.º

La fiesta me ha cansado. He hablado con diez mujeres escotadas; mejor hubiera hablado con una sola mujer, pero vestida. Las mujeres escotadas son iguales: el desnudo, que es el escote absoluto, es uno solo para todas. Las ropas hacen distintas a las mujeres y les dan variedad. Dios hizo iguales a las mujeres: las modistas las hacen distintas.

Hombre 2.º

Cuanto más grande es el escote de una mujer, más se parece ella a sí misma. El desnudo es la identidad consigo mismo. Y cuando todas se parezcan a sí mismas, todas serán iguales entre sí. ¿Lo preferiría usted?

HOMBRE 1.º

Sí. Habría una angustía menos en el mundo: la angustia de la elección.

HOMBRE 2.º

El vestido es la ficción de la diversidad. En el fondo, no hay más que una sola clase de mujer sobre la tierra.

HOMBRE 1.º

Dos clases: las bonitas y las feas.

HOMBRE 2.º

Cuando todas, con el escote absoluto, sean iguales unas a las otras, el amor, que no es sino una mera preferencia, no tendrá ya ninguna razón de ser. Por eso, antes que se inventaran los tejidos, los cueros o las hojas de higuera, antes que el vestido diferenciara a una mujer de las otras, la historia enseña que todas las mujeres eran para todos los hombres y todos los hombres para todas las mujeres. Eso hemos perdido con vestirnos.

HOMBRE 1.º

Pero ahora nos vamos desnudando. He aquí, al frente nuestro, una hermosa mujer que nos da la espalda. Lleva desnuda la cara, las manos, los brazos, el cuello, el pecho, un tercio de sus senos divinos, cuatro quintos de la espalda... Ahora se sienta y nos brinda la unidad

entera de sus piernas famosas. Esta mujer está desnuda en un cincuenta por ciento de su superficie.

Hombre 2.º

Yo creo que es el ochenta por ciento.

Hombre 1.º

¿Hay algo más absurdo que esta mujer desnuda que quiere parecer vestida?

Hombre 2.º

Aquella mujer vestida que quiere parecer desnuda.

Hombre 1.º

La fiesta me ha cansado. He hablado con diez hermosas mujeres escotadas,

Hombre 2.º

El desnudo cansa tanto como la verdad. Es mejor sospechar que conocer,

La sugestión del desnudo

Adentro de un salón de pinturas los hombres se esparcen en desorden, sin rumbo, bajo la atracción diversa de mil cuadros diversos. A algunos espíritus sencillos, singularmente dados por temperamento y por capacidad a la vida de los campos tranquilos, les llama y les fascina la plácida pintura del llano y la montaña, con sus ranchos primitivos, sus praderas jugosas, su cielo azul, sus lagos dormidos... A veces, por descuido, ha pasado hasta la tela la figura secundaria de un hombre o una mujer. Pero son hombres vestidos y mujeres vestidas, que no agregan al paisaje ninguna suerte de inquietud humana.

Los lánguidos y los melenudos admiran en cambio con su mayor fervor los cuadros donde la piel de las mujeres aparece azul y el cuero de los caballos amarillo, — donde el Sol, a todo radiar, parece un huevo frito sobre la acelga de un cielo verdoso,—y donde los lagos, a fuerza de modernismo, aparecen convertidos en yacimientos naturales de jalea o tinta china.

Por mi parte, es mi costumbre buscar algún sillón cómodo frente a una mujer desnuda — que nunca faltan en estas exposiciones — e instalarme allí por largo rato. Y no lo hago por vano alarde de concupiscencia. Lle-

gada la necesidad de descansar, es natural que elija para sentarme la vecindad más tolerable. Entre unos «Burros al Sol», por ejemplo, y el desnudo terso y rosado de una mujer joven, es muy lógico optar por lo segundo. Yo tengo el mayor respeto por los burros y no habría ninguna razón para que no lo tuviera lo mismo por los burros al sol. Pero este respeto no es tanto que llegue a hacerme preferir un burro a una mujer bonita. Es evidente que una mujer desnuda y aun vestida posee encantos, blancuras y morbideces que ningún burro ha logrado hasta ahora. Además, desde el punto de vista puramente moral, es sabido que el burro es de una intolerancia desesperante. No transije con nada y, llegado el caso, su voluntad y su conciencia son capaces de resistir a las más contundentes sugestiones del mundo. Esta intolerancia— que es, en verdad, una fea virtud— si bien habla muy alto de los valores morales del burro, perjudica grandemente sus valores sociales. Hé aquí por qué los burros nunca han podido andar en sociedad. Hé aquí también por qué, entre un burro intolerante y una mujer tolerante, me quedo sin vacilar con esta última.

La vecindad de una mujer desnuda crea a nuestro lado un mundo raro y sugestivo. Este cuadro que hemos elegido para saborear de sentado es, según creemos, el más grande de la exposición. Es casi de tamaño natural. Pasan, pues, frente a él—es decir, entre «ella» y yo—todos los visitantes que en una exposición de cuadros pueden tener interés por una mujer completa, sin

ropas y sin hojas de higuera. Pasan los niños, asustados; pasan los adolescentes, absortos, ansiosos de todos los detalles que, en el cuadro, pueden aumentar la noción de la realidad; pasan las mujeres jóvenes, únicas que tienen el valor de sonreirse con burla; pasan las viejas con el anatema en la mirada y la envidia en el corazón.

Los niños

Los niños están asustados. Es la primera vez que ven, en conciencia y en comodidad, una mujer totalmente desnuda. A la mamá, a la niñera, a alguna otra mujer de la casa, le han visto alguna vez, al descuido, trozos breves bajo las telas caídas. Pero han sido visiones fugitivas y apenas reparadas, que en manera alguna han podido sugerirles la idea completa y terrible del ser que tienen enfrente. Ellos saben—o creen saber—lo que es una mujer; ellos saben también qué se entiende por desnudo. Pero lo que ignoraban por completo, lo que ignoraban con la más remota de las ignorancias, es el absurdo, sorprendente, increíble efecto que resulta de aplicar una idea a la otra: de aplicar a una mujer la idea del desnudo.

Los niños se sorprenden, los niños no creen. Ellos, en verdad, no tienen por qué creer que existan en este mundo mujeres desnudas. ¿No andan todas, unas más y otras menos, pero todas, en general, vestidas? El vestido no es la ropa agregada ocasional y transitoriamente a la piel inmutable y eterna. El vestido — y los polvos, las cremas, los colores—están en las mujeres como pren-

das definitivas y consubstanciales de su belleza, de su individuo. El desnudo absoluto no tiene, pues, ningún valor humano. Por eso, para los niños de nuestra crónica, la mujer desnuda de la tela es incomprensible y absurda como un ser de un mundo ignorado.

Las mujeres jóvenes

Las mujeres jóvenes ríen, burlonas, frente a la mujer desnuda. A ellas les sorprende y les divierte el interés de los hombres, junto al cuadro. Para ellas el espectáculo de la tela no tiene, evidentemente, ningún misterio, ninguna revelación. Es el espectáculo diario, mil veces repetido en la intimidad monótona de sus tocadores. Por eso ellas ríen de nuestra sorpresa y de nuestro interés, con la misma sonrisa tiernamente compasiva con que vemos a nuestros bebés seguir maravillados y boquiabiertos el tictac estúpido de los segundos sobre la esfera, recién descubierta, de nuestro reloj.

¿Dónde está el pudor de estas mujeres que han pasado sonrientes y burlonas? El pudor—sabedlo bien—no tiene nada que ver con el desnudo de los otros. He aquí por qué estas mujeres han pasado sin rubores frente al cuadro de la mujer desnuda... Pero alguna, entre ellas, bajo el ajuste severo del vestido, entrega indiscreta a nuestras miradas el misterio entero de su cuerpo. ¿No es ésta la impudicia que conviene reprobar? No es lo mismo el desnudo de una mujer desnuda y el desnudo de una mujer vestida. Digamos por lo pronto que el desnudo es el terrible vicio natural de la raza

humana. Tan natural es el vicio a nuestra raza, que nacemos con él y lo poseemos aún antes de nacer. La moral no transije: la moral nos viste. Sin embargo, es evidente que, debajo de sus vestidos, todas las mujeres andan desnudas. Hé aquí la terrible verdad que esta indiscreta vecina mía sigue ignorando. Por eso su atavío es inmoral. Porque debajo de sus vestidos es imposible creer que esta mujer no esté desnuda.

Las mujeres viejas

Pasan las mujeres viejas con el anatema en la mirada y la envidia en el corazón. Es muy justo que estas mujeres condenen con despecho la atrevida indiscreción de la tela. ¿No han cuidado ellas, con celosísima reserva, ese mismo misterio, ese mismo secreto? ¿No ha sido por bien de ese misterio todo el largo sacrificio de sus vidas? Ahora, este cuadro, expuesto a la mirada de todos, es la pública desposesión del secreto, la pérdida del bien interior, acaso del último bien, del único bien poseído.:.

La envidia en el corazón... Frente al cuadro luminoso, mórbido, ha hablado el dolor de lo que se ha ido... Debajo de las propias ropas las mujeres viejas presienten, deprimidas, su propia intimidad arrugada. Entonces se alejan, escondidas en la farsa de su indignación. Acaso, por la noche, al acostarse,, pongan sobre el recuerdo de su juventud perdida el epitafio de un suspiro...

De la ropa interior

Cuestión grave dentro de la Filosofía del Vestido es la exacta diferenciación del vestido exterior y del vestido interior. ¿Qué es la ropa interior? El doctor Virgham, que estudió durante quince años la estética de la camisa, sostiene que debe entenderse por ropa interior toda la ropa que no es exterior. Virgham olvida sin embargo que, en numerosas ocasiones, prendas que se tienen habitualmeute por interiores pasan a cumplir, con general asentimiento, funciones de ropa exterior, sea por imposición de las circunstancias — como sucede en los terremotos y en los incendios nocturnos —sea por mero capricho de hombres y mujeres. En nuestros días la camisa de la mujer — la del hombre carece de todo interés — ha dejado de ser una prenda interior. La camisa es el complemento indispensable del vestido moderno, cuando la mujer, por imposición de la moral, se ve obligada a complementarlo en alguna forma. En su ardiente aspiración al desnudo la mujer de ahora, antes que cerrar su vestido con su vestido mismo, prefiere cerrarlo con su camisa. Lo que el vestido no basta a desnudar, lo desnuda la camisa. Como es el cielo el fondo de todos los paisajes, es la camisa el fondo de todos los vestidos.

El sombrero y su función estética

EL sombrero responde a una manifiesta exigencia estética del ser humano. Los pueblos salvajes muestran una extraordinaria facultad de asimilación en cuanto se refiere al uso y moda del sombrero. Generalmente, lo que más les queda del ejemplo y compañía de los misioneros, es la afición al sombrero. Los reyes del Congo — y también nuestras damas elegantes — andan más fácilmente sin ropas que sin sombrero. Es que el sombrero, si bien no ha sido la primera prenda del vestir de los hombres, ha sido y sigue siendo sin duda alguna la primera prenda de la vanidad humana.

Probado como está que los hombres inferiores tienen más grandes los piés que la cabeza, es perfectamente comprensible que, para restablecer el equilibrio de sus formas, recurran los hombres inferiores al sombrero, que da la ilusión de un acrecimiento cerebral. El sombrero agranda la cabeza y devuelve al cuerpo la simetría perdida. Es famosa la inclinación que tienen los malos literatos por los chambergos de alas enormes, debajo de las cuales es difícil al público establecer con precisión dónde acaba la cabeza y dónde empieza el sombrero.

Después de una larga evolución, el sombrero ha acabado por adquirir un trascendental significado estético, de hondas raíces en el espíritu humano. Nuestro

sombrero es nuestra alma misma que asoma por afuera. En prueba de ello, nos hemos preguntado cómo es que, entre cien sombreros iguales colgados de una percha, elegimos de inmediato el nuestro.

Nosotros llevamos, además de nuestro ser externo y visible, una concepción íntima de nosotros mismos que ocultamos en el fondo de nuestra imaginación, en el fondo de nuestra aspiración. Nuestra vida consiste en modificar nuestra línea exterior hasta identificarla con las líneas de nuestra concepción interior. Y esta obra de corrección es la que realiza sobre nuestro cuerpo el vestido, el calzado, el sombrero .. Toca al sombrero modificar la línea de la fisonomía, la más importante de todas, si se considera que el carácter individual está expresado no sólo en los piés, sino también y muy principalmente en la cara de cada persona.

Nosotros buscamos, pues, y ponemos en el sombrero aquellos elementos estéticos con que juzgamos necesario integrar la estética de nuestra fisonomía. Nadie sale deliberadamente mal vestido, vestido sin elegancia. El mal vestido no existe. Podrán haber vestidos ricos, pobres o miserables, pero es un absurdo hablar de vestidos malos o buenos, elegantes o no elegantes. Cada cual se viste con aquellas prendas que integran su imagen interior y, así integrada, realiza cada cual su propia elegancia. La elegancia, que es una relación del hombre consigo mismo, es un hecho individual, nó un hecho social. Adentro de cada hombre hay siempre un hombre elegante.

El vestido y la política

Un hombre desnudo es un hombre sin personalidad. Es sabido que entre las tribus desnudas del Africa casi no existen las personalidades; lo mismo ocurre en Oceanía y en aquellas partes de la América donde el hombre conserva intacta su feliz desnudez primitiva. Esos pueblos no conocen, pues, la política. Hay quienes creen que las personalidades resultan de la política. Lo cierto es lo contrario: la política es el fruto de las personalidades.

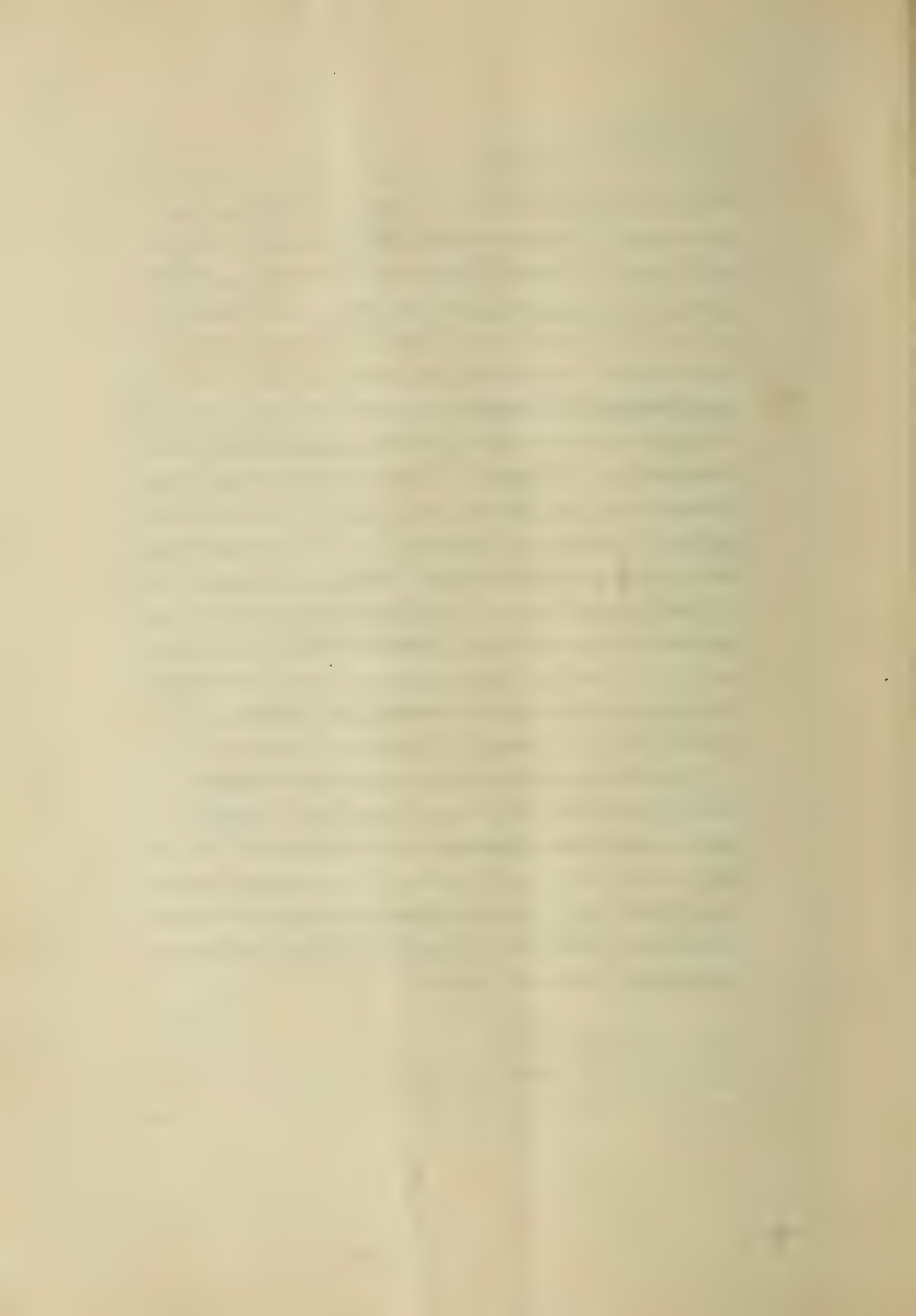
Yo no creo que puedan existir políticos desnudos, porque, al fin de cuentas, un hombre desnudo no tiene más fuerza moral que su pensamiento y el pensamiento no tiene gran cosa que hacer en la política. Los políticos tienen necesidad de complicarse, porque es preciso que a un político nadie lo entienda. Y bien: el vestido es la forma más natural y fácil de la complicación humana. Por eso el vestido es el arma más terrible del político moderno: los anchos sombreros, las corbatas rojas...

Para ser consecuente con el ideal invariable de su partido, un político necesita rectificar constantemente sus actos, sus ideas, su vida misma. Como los hombres

funden su personalidad en su traje, corrigen su personalidad con la simple modificación de su traje. Es muy facil para un socialista hacerse conservador; es todavía más fácil a un conservador hacerse, rumbo abajo, socialista. La ropa lo hace todo. Un sombrero o un par de botines sobrevenidos en su justo cuarto de hora hacen o deshacen el destino de un hombre.

Las cosas accesorias están supeditadas a las cosas principales: es la lógica, un poco injusta, de esta vida. Si ello es así, es evidente que, siendo el vestido el orígen de las actividades políticas, los hombres subordinan sus opiniones políticas a los trajes que tienen en sus roperos. La mayoría de los anarquistas son hombres que han hallado por azar una corbata colorada en sus roperos. A haber hallado un frac, sus opiniones hubieran sido conservadoras. En el arte ocurre algo parecido: un sobretodo de pieles hace de un hombre un tenor.

Es el vestido el que hace nuestra personalidad y nó nuestra personalidad al vestido, El vestido, como fenómeno humano, es anterior a la personalidad. El hombre que, al vestirse frente a un espejo, advierte la perfección de su corbata, ha encontrado un rumbo en su vida. Las cosas pueriles se vengan de nuestra indiferencia trazándonos rumbos en la vida.




Ve Vd. la hora
de su reloj en
la oscuridad?
8'22
exacto!
Con un
Ingersoll
Radiolite
sí!

MP. "NOVITAS" DANON & CIA.
ECONQUISTA 459 - BS. AS.